

EXCLUSIVA



LAS OPCIONES DE ARGELIA

**HABLA
BUMEDIAN**

**«Problema
de Palestina:
la creación
de
un Estado
multirracial
y
multirreligioso
donde
convivan
los judíos
y los árabes,
musulmanes y
cristianos...»**

SIETE años después de Evian, Argelia está en pie. Siete años después de las masacres, la gran emigración, las luchas de las camarillas y a pesar de las múltiples contradicciones ideológicas, sociales, económicas y personales, Argelia vive. Los acuerdos de 1962 no han supuesto el fin de un esfuerzo de emancipación, sino el principio de una jadeante tentativa en proporcionar a la independencia otro contenido que el político o el mítico. Lo que se plantea, de ahora en adelante —esto es lo que pueden comprobar todos los que, como nosotros, reencuentran Argelia después de muchos años de ausencia—, no es la recuperación de un bien perdido, sino la creación de una sociedad diferente.

Se pueden impugnar, desde bastantes ángulos, las tesis de los actuales dirigentes. Podemos resistirnos a admitir, por ejemplo, que los tres primeros años de independencia no fueron, por falta de uno solo, más que desorden y desarrollo y que el nacimiento de Argelia activa data del 19 de junio de 1965. A uno pueden gustarle muy poco ciertos aspectos de este régimen singular que, hablando con propiedad, no es ni militar, ni socialista, ni burocrático y para el que quizá fuera preciso crear otra fórmula: la de tecnocracia popular.

EL OBJETIVO MAYOR

Pero sean los que sean los sentimientos que se tienen o las fidelidades que se conservan, ¿cómo no ver que esta nación martirizada ha vuelto a tomar la iniciativa, lo que quizá podría llamarse confianza o, simplemente, la voluntad de vivir? Algo cambia allí, algo se ha puesto en camino.

¿El qué? Para hablar de «despegue», noción, por otra parte, sospechosa, o de «revolución socialista», sería preciso renunciar a investigar en las periferias urbanas, no calibrar la subalimentación y el aislamiento en que viven multitudes amontonadas desde Buzareah a Santa Eugenia, desde El Biar hasta El Arrach, no tener en cuenta —¿quién la tiene?— el número de los parados (lista irrisoria) de Constantina y Orán. Habría que pasar por alto la condición de las masas no productivas, de los



«¿Cómo apartarnos de los campesinos, nosotros que hemos hecho todo lo posible para volver a los orígenes rurales de la revolución argelina? Esta revolución no ha sido la ciudad quien la ha hecho, sino el campo... Por supuesto que se plantea la exigencia de un desarrollo rápido. Se trata de formar cuadros.»

náufragos de la colonización y de la primera fase de la descolonización. Pero tres cosas parecen evidentes en la Argelia de marzo de 1969: que la autogestión, muy diestramente canalizada por el poder, hace vivir mejor a los agricultores del sector moderno; que un microcapital —durante mucho tiempo miedoso y disimulado— sale, por fin, de sus escondites para invertir en la pequeña industria; que el sector estatal, por el impulso de ese «manager» de clase internacional que es Abdesselam Belaid utiliza gallardamente los ingresos del petróleo y de la fuerza de trabajo expatriada para dotar al país de una infraestructura industrial de primer orden. Lejos de contentarse en digerir la pesada herencia de la colonización, de penetrarla, de naturalizar esta sub-Argelia de la que estaban excluidos, los hombres de Argel se esfuerzan en proporcionarle audaces prolongaciones: siderurgia, complejos químicos, industrias textil y mecánica.

¿Es éste el objetivo mayor del régimen de Argel? ¿No se inclina solamente al equipo de vanguardia, a la técnica, al desarrollo de una «industria industrializante» en detrimento de la promoción de masas del sector rural tradicional, empujadas hacia las grandes ciudades y bloqueadas sobre el pórtico de la urbanización? Es, naturalmente, esta pregunta la que planteamos de entrada al jefe del Estado, un Huari Bumedian al que han transformado siete años de paz y cuatro de poder arbitral. Dejamos un día a un jefe de Estado Mayor del Ejército fronterizo, tenso como un arco, delgado como un lobo del desierto, áspero y rudo. Encontramos ahora a un personaje sonriente, repleto de urbanidad coránica, de rasgos suavizados, de mirada tranquila, sereno y elocuente; un «presidente» antes que un «líder», maestro supremo de sí mismo, con gran libertad de tono, y del que emana la autoridad propia de los que le sonríe la victoria obstinadamente.

«LOS CONSEJOS DE NUESTROS AMIGOS»

—¿Ibamos a optar por la industrialización de Argelia en perjuicio de su campesinado? No. En nuestro caso no se trata de escoger entre la industria ligera y la pesada, y menos todavía entre el desarrollo industrial y el agrícola.

No estamos dispuestos a sacrificar una o dos generaciones de campesinos para asegurar mejor el despegue industrial de Argelia.

«¿Cómo apartarnos de los campesinos, nosotros, que hemos hecho todo lo posible para volver a los orígenes rurales de la revolución argelina? Esta revolución no ha sido la ciudad quien la ha hecho, sino el campo. Y es, precisamente, porque Argelia se desviaba de la cuna de la revolución y se dejaba emborrachar por las luces de la ciudad, por lo que nosotros intervinimos hace ahora cuatro años. ¿Cómo podríamos ahora recaer en los mismos errores, olvidando a los campesinos, abandonarles a la penuria?»

«Por supuesto que se plantea la exigencia de un desarrollo rápido. Después de todo, ¿qué diferencias existen entre Argelia y Bélgica? No son los recursos de base, sino la densidad de materia gris. En quince, en veinte años podremos competir también en este terreno. Para nosotros se trata de formar cuadros y utilizar al máximo los medios de que disponemos. Ahora bien, resulta que muchos de estos medios nos conducen a la búsqueda del desarrollo de una industria moderna y poderosa.»

«Ya sé que algunos de nuestros amigos extranjeros, sobre todo franceses, nos acusan de querer crear una especie de economía casera, basada esencialmente en la costa y descuidando el interior. En este sentido, aseguraríamos la importancia fundamental del subsuelo, de los recursos mineros, en perjuicio de un desarrollo global y armónico.»

«No creo que estas críticas tengan fundamento. La atención que dedicamos a la agricultura es intensa, no solamente en el sector moderno —donde la reforma de la autogestión asegura un enderezamiento de la producción—, sino también en el sector tradicional, por el que nosotros hemos hecho más en cuatro años que la colonización en un siglo. El sistema de los préstamos rurales, que se está multiplicando, se ha revelado como muy eficaz. Nos preocupamos también del equilibrio interregional sin el cual se vería amenazada la unidad del Estado: ¿cómo la numerosa y activa población «kabyle», de Argel, toleraría que dejáramos a un lado la Kabylia? Acabamos de decidir la atribución de siete mil setecientos millones de pesetas para el desarrollo de esta región y de

seis mil trescientos millones para la región de Aurès.

LA TENTACION DEL «ZAÏM»

● Sea el que sea el reparto de la renta nacional, impone —en un período de acelerado desarrollo— cierto tipo de autoridad, ¿cómo definiría usted la evolución del poder argelino? ¿En qué medida se encuentra concentrado, personalizado? ¿Siguen ustedes fieles al partido único?

—En mil novecientos sesenta y dos se quiso proceder precipitadamente. Se eligió una Asamblea Nacional, se designó un presidente, se esbozó el embrión de un Estado. En junio de mil novecientos sesenta y cinco, preferimos volver a empezar desde cero y construir a partir de la base, hasta la cima, de acuerdo con un procedimiento a la vez más racional y democrático.

«Se trata de una construcción de tres plantas. En febrero de mil novecientos sesenta y siete fueron elegidas las Asambleas Populares Comunes, las «A. P. C.», que han hecho de las comunas las células vivas de la actividad económica y política del país. Este año, estamos procediendo a una profunda reforma departamental. El veinticinco de mayo tendrán lugar elecciones muy importantes, que dotarán a cada uno de nuestros departamentos de una Asamblea con amplios poderes, gracias a lo cual cada una de ellas será fuente de actividades originales. Y espero que, en mil novecientos sesenta y ocho, podrá construirse la tercera planta del edificio: la elección de una Asamblea Nacional y de los organismos superiores del Estado.»

«¿El partido único? No le veo «alternativa». Una democracia de corte occidental resulta inaplicable, y no creo que la obligación que exige un esfuerzo de desarrollo, como el que estamos acometiendo, pueda venir de otro organismo que no sea el F. L. N., a condición de que se reorganice, que vuelva a encontrar su vigor. Este es uno de nuestros objetivos.»

«Pero sea el que sea el resultado de esta reorganización y de la reforma del Estado a la que procedemos, lo que puedo certificarle

HABLA BUMEDIAN

es que Argelia no será gobernada por un "zaïm", un jefe profético.

«Conocimos a Messali, después, en reacción contra su autocracia, la dirección del G. P. R. A.—llamada colegial— y que manifestó su impotencia para conducir correctamente el esfuerzo de la guerra. En reacción contra este régimen de irresponsabilidad, tuvimos un "zaïm". Ahora se acabó. Queremos un poder racional y democrático.

● ¿Piensa usted poder resistir a las tentaciones que implica un amplio poder? ¿No teme usted convertirse también en un "zaïm"?

—No puedo hablarle más que del presente, no del futuro. La naturaleza humana es débil. El hombre es sensible a la adulación. No puedo responder sobre lo que puedo convertirme. Pero lo que puedo decirle es que actualmente hacemos todo lo posible para evitar el crecimiento de un poder absoluto, por equilibrar la autoridad con organismos serios, verdaderamente democráticos.

DIFFICULTADES CON FRANCIA

● Con Francia se dice en seguida que sus relaciones actuales no son satisfactorias. Se habla de dificultades, de decepciones.

—En mi opinión, la cooperación es un todo. Para nosotros, no se trata de una táctica provisional, sino de una estrategia a largo plazo. Sabemos que Argelia tendrá necesidad, quizá durante decenas de años, del apoyo de los técnicos extranjeros, sobre todo franceses. Hemos soñado, principalmente con la firma de los acuerdos petrolíferos de mil novecientos sesenta y cinco, de hacer de esta necesidad una ley, casi un ideal. Vimos en la cooperación, no sólo el olvido del pasado, sino una promesa de futuro. En la actualidad, establecemos una comparación entre lo que hemos soñado y la realidad y nos decepciona. Nos parece que, del lado francés, no se tiene la misma fe que nosotros.

«Nuestras dificultades, que no ponen en tela de juicio nuestra confianza en la cooperación, sino que nos invitan a la reflexión, son de tres órdenes:

«En principio, nos duele que Francia, ignorando el acuerdo de julio de mil novecientos sesenta y cinco, no tome parte más importante en la industrialización de nuestro país. Los productos o los bienes de equipo hacen que se prefiera crear, desarrollar la petroquímica en el Havre o en Libia, antes que en Argelia.

«Por otra parte, existe ese enojoso asunto del vino, típica secuela de la colonización. Su gobierno, por razones que atribuye a la política interior, se niega, en la actualidad, a cumplir sus compromisos relativos a la compra de nuestra producción de vino, lo que nos sitúa en una posición crítica. Un asunto de varios miles de millones, de bastante importancia para una economía como la nuestra. Los soviéticos acaban de comprometerse a comprarnos cinco millones de hectolitros cada año, que corresponde en cifras al mismo material que compraremos en la Unión Soviética y no en Francia.

«Más sería todavía es la cuestión de los hidrocarburos. Puedo comprender que el gobierno francés obedezca a intereses estrictamente nacionales, diversificando sus recursos petrolíferos o comprando en Oriente Medio o en otra parte. Pero en tanto que signatario de los acuerdos de mil novecientos sesenta y cinco, lamento que los operadores franceses limiten la producción a cuarenta millones de toneladas cuando podrían extraer muchas más y, a partir de aquí, aumentar los recursos en los que se basa nuestro presupuesto de equipo. Lamento también que beneficios realizados en Argelia por los petroleros sean invertidos en Libia, que

las prospecciones en nuestro territorio no crezcan, según los recursos de que disponemos, y que la explotación —y sobre todo la comercialización— del gas, dejen a nuestros socios franceses tan indiferentes. El gas holandés parece gozar del favor de su gobierno.

«Pero lo que más me preocupa —y lo que más me afecta— es otro aspecto de nuestras relaciones: el aspecto psicológico y moral. Debe admitir que el pueblo argelino considera a los franceses como amigos. Acaba usted de comprobarlo personalmente. ¿Podría decir lo mismo de la actitud de los franceses respecto a los argelinos? En la prensa francesa se insulta, se humilla a mis compatriotas. No hay que olvidar que Argelia no come el pan de los franceses, que la cooperación —tal como nosotros la practicamos— no es una limosna, un "zakaat", es igualitaria. Ustedes nos prestan grandes servicios. Nosotros hacemos lo mismo con ustedes.

● Quizá sea más difícil perder una guerra que ganarla. Cualesquiera que hayan sido los sufrimientos del pueblo argelino, a ciertos me-



«Nos acusan de querer crear una especie de economía casera, pero eso no es cierto.

dios franceses les cuesta todavía olvidar el pasado...

—No olvide lo considerable que fueron nuestras pérdidas. No olvide que perdimos en esta guerra dos millones de hombres: un millón de repatriados y un millón de muertos...

EL PROBLEMA DE PALESTINA

● El problema del futuro de Palestina parece preocuparle en la actualidad, tanto como el de sus relaciones con Francia.

—Evidentemente. En tanto que árabes, en tanto que enemigos del imperialismo, en tanto que nación pequeña, nos vemos directamente afectados por el futuro de Palestina. Desde hace veinte años, los árabes han planteado el problema de modo desastroso. Lo han presentado como un problema entre Israel y el mundo árabe; pero todavía, entre los judíos y los árabes. Ahora bien, se trata de relaciones entre ocupados y ocupantes, entre el pueblo palestino y el sionismo.

● ¿Eso es lo que usted llama «desarabización» del problema?

—Sí. Distinguiamos con mucho cuidado los intereses y la política de los Estados árabes, y los intereses de la política de la resistencia palestina. No estamos contra el procedimiento llamado de las cuatro grandes potencias. No vemos inconveniente en que los Estados árabes directamente implicados participen en negociaciones favorecidas por las cuatro potencias. No podríamos oponernos a las decisiones que podría tomar alguno de estos gobiernos; el del presidente Nasser, aceptando la neutralización de Sinaí, el de Damasco, concediendo tal o tal porción de Golan. Podría tratarse esto de medidas conservadoras, de salud pública, que éstos son libres de adoptar.

«Lo que no podríamos admitir es que abandonen cualquiera de los derechos de los palestinos. Todo lo que respecta al resurgimiento de la tierra palestina no depende de la decisión de ninguno de los Estados árabes, sino exclusivamente de la Resistencia.

«¿Qué solución preconizamos nosotros? En un asunto tan grave, que concierne a una tierra que ha apasionado al mundo durante siglos, no podemos contentarnos con examinar los efectos, hay que remontarse a las causas. La causa de todo el mal es el exilio del pueblo palestino, expulsado de su tierra. Es aquí donde hay que aplicar el remedio y yo veo solamente uno: la creación de un Estado multirracial y multirreligioso donde convivan los judíos y los árabes, musulmanes y cristianos, que se enfrentan en la actualidad.

EL MEDITERRANEO, PARA LOS MEDITERRANEOS

● Sin embargo, usted sitúa la cuestión en su cuadro mediterráneo.

—Nosotros no somos de esos, usted lo sabe, que se han alarmado por el aumento de la presencia soviética en el Mediterráneo. Juzgábamos la presencia y las actividades de la VI Flota americana peligrosas para nuestra independencia. La entrada en escena de los soviéticos nos ha parecido un factor de equilibrio. Pero ni que decir tiene que preferiríamos que ninguna de estas potencias presionaran en esta zona. El Mediterráneo, para los mediterráneos: ésa es la mejor fórmula. Estamos dispuestos a cooperar en toda política sinceramente dirigida en este sentido.

● Con sus vecinos del Mogreb, ¿está usted restableciendo relaciones normales?

—Las diferencias de régimen no crean dificultades insuperables con Marruecos, desde que respetan nuestras fronteras. La guerra de mil novecientos sesenta y tres fue un simple accidente de la historia: por eso no condecoré a ninguno de los oficiales que se distinguieron. Con nuestros hermanos tunecinos ya es más difícil. Son tan sutiles... Hay que contar también con nuestras diferencias de criterio sobre Vietnam, Palestina...

● Volviendo a Argelia, ¿puede preguntarse cuál es actualmente la suerte de los prisioneros políticos?

—Hay muy pocos presos políticos, ahora, en Argelia... ¿Se refiere usted a los comunistas?

● Más bien al antiguo presidente.

—Pues bien, a Ben Bella se le trata muy bien. No se queja. Puede ver con frecuencia a los miembros de su familia. Y, lo creerá usted o no, me ha hecho saber recientemente que nos encontrábamos sobre el buen camino...

● Eso es dar muestras de una gran serenidad...

—¿Cómo podría hablar de otro modo, a menos que fuera un contrarrevolucionario?... ■
JEAN y SIMONE LACOUTURE.